

NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

BALANCE DEL AÑO 1970

En política internacional, como en otros ámbitos, el término de un año no es una divisoria que señala una etapa cumplida en el curso de los acontecimientos. No hay sincronismo entre el calendario y el acontecer mundial, aunque un año transcurrido sea módulo habitual para establecer un balance.

Pese a la llamada aceleración de la Historia, que sugiere vertiginosa sustitución de unos hechos y problemas por otros, nos percatamos de que los dos puntos de más grave tensión existente actualmente en el mundo, el Sureste asiático y el Cercano Oriente, son cuestiones que, originadas hace tiempo, han acabado por tener una especie de carácter crónico que les resta malignidad. En efecto, aunque hayan sido muchas las incidencias registradas en el Sureste asiático durante 1970, no han pasado de ser mero oleaje informativo que no modifica la roca del problema allí existente. Ni siquiera la nueva ampliación del teatro de operaciones originada por el recrudecimiento de la lucha esporádica en Laos y el derrocamiento de Norodom Sihanuk en Camboya son elementos susceptibles de sacar a esa región del bache en que ha caído, no más, por supuesto, que la «vietnamización» o paulatina retirada de las Fuerzas norteamericanas. No obstante, hay un hecho digno de consignar a la hora de considerar el saldo positivo de un año: la extrema prudencia soviética en esa región. Aunque la U. R. S. S. apoye el campo socialista indochino, y fuera en cierto modo garante de la supuesta neutralidad camboyana, no rechazó al asumir el poder el general Lon Nol que puso fin al engaño. Ni siquiera retiró su representación diplomática de Pnom-Penh. De otra parte, no reaccionó, sino verbalmente, con motivo de la intervención norteamericana y survietnamita en Camboya. Es una actitud que pone de manifiesto el firme propósito soviético de no chocar con los Estados Unidos en el Sureste asiático, a pesar de su interés por esas áreas que la cogen a trasmano y en las que

se proyecta la sombra de una China Popular que pudiera surgir como aprovechado tercero en discordia en un enfrentamiento soviético-norteamericano en Asia, si bien consejos y buenas palabras sigan fluyendo de Moscú hacia la antigua Indochina, aparte de la ayuda material. Ello dice los juegos malabares que ha de hacer la U. R. S. S. para conciliar su ideología oficial con sus intereses nacionales.

En ese otro punto neurálgico del panorama internacional que es el Cercano Oriente, árabes e israelíes terminan el año abocados por sus respectivos valedores a reanudar la negociación Jarring. Todo da a pensar que las aceptan a regañadientes y dispuestos a torpedearlas. Pero ese proyecto de negociación refleja el acuerdo tácito de los valedores para hallar una solución y, más aún, para evitar que sus airados protegidos los pongan en trance de vérselas entre sí. Extremo éste que se compagina con el propósito de cada valedor de conservar el terreno político y estratégico que detenta al socaire de los adversarios. Pero la división interna del mundo árabe, su ingénita indisciplina y el factor palestino, a la vez inserto en los países árabes y opuesto a ellos, coartan un tanto la libertad de acción soviética para su maniobra tendente a afianzarse en el Mediterráneo Oriental y conseguir la reapertura del canal de Suez. Es muy difícil realizar tal maniobra con tropas que prácticamente operan en orden político disperso y entre las cuales hay alguna que recibe el apoyo, por lo menos moral, de una China Popular que en la República de Yemen del Sur se está acondicionando una base operativa. Este peligro chino, todavía virtual, amenaza tanto los intereses norteamericanos como los soviéticos en el Cercano Oriente. Actúa como lenitivo y reduce los riesgos de choque armado entre los Estados Unidos y la U. R. S. S., sin anularlos del todo debido al riesgo de acontecimientos que escapan a todo control racional. Lo mismo podía decirse hace un año. Entonces era el presidente Nasser quien hablaba en son de guerra. Actualmente lo hace el presidente Sadar El Awat, que está poniendo a la R. A. U. en estado de preparación psicológica para la lucha.

En cambio, en el transcurso de 1970, la situación se ha modificado en Europa, pero de modo más aparente que incuestionable, en el fondo. Debido al galope tendido hacia el Este del canciller Brandt, se han firmado tratados con la U. R. S. S. y Polonia. Otros están en vías de negociación con los demás países socialistas. Ello entraña la reconsideración de los postulados básicos de la creación de la O. T. A. N., puesta en pie como consecuencia de la amenaza

que hacía gravitar sobre la Europa Occidental la enemiga soviética hacia la República Federal. Tal reconsideración parece llevar directamente a la Conferencia de Seguridad europea y al desmantelamiento de los dos bloques. Desgraciadamente, la ratificación de los tratados suscritos pasa por Berlín. Al terminar el año, las conversaciones *cuatripartitas* no han abierto una brecha en el sistema defensivo soviético, en particular en su criterio de que los accesos a Berlín es cuestión a resolver entre Bonn y Pankow, en tanto que los tres aliados occidentales la consideran de la competencia de los Cuatro. De ahí que, más allá del espectacular acercamiento entre Bonn y el Este, se mantengan, apenas cambiadas, las causas de larvada tensión que existen en Europa desde 1945.

Tampoco pueden consignarse resultados en las conversaciones del SALT iniciadas en noviembre de 1969, si bien el que no se hayan interrumpido hace presumir que se llegará a un acuerdo que pondrá freno a la insensata carrera de los armamentos nucleares estratégicos. Hasta tanto, hay un compás de espera, reflejo de inmovilismo en las respectivas posiciones de los Estados Unidos y la U. R. S. S.

Por consiguiente, cabe decir que los bien conocidos problemas han permanecido estabilizados, como al margen del paso de un año. Es la razón por la que el mundo no ha derivado hacia ningún conflicto a gran escala, aun sin bogar hacia una paz firmemente asentada. Pero ese estar el mundo a mitad de camino entre la guerra y la paz no impide que empiecen a diseñarse en el horizonte las primicias de nuevos problemas. Por ejemplo, la cautelosa salida de China Popular al escenario internacional a través del reconocimiento por parte de Potencias occidentales. Así ha podido subir en 1970 peldaños en dirección al escaño de China en la O. N. U. De otra parte, también en el ámbito asiático, Japón, tercera potencia económica del mundo, se toma el pulso para adecuar su papel político a esa realidad. De suerte que 1970 puede señalar el principio de un cierto desplazamiento del centro de gravedad política del mundo hacia Asia.

LA REUNIÓN DE LOS MINISTROS DEL MERCADO COMÚN

Si «los asuntos de palacio, van despacio», otro tanto sucede con los del Mercado Común. Tan pronto como se trata de salir del paso rutinario para acometer una nueva etapa del camino trazado por el Tratado de Roma, surgen

las dificultades o, mejor dicho, las luchas sordas que nunca han dejado de existir bajo la capa de una unidad económica penosamente lograda. Sin embargo, esa unidad económica, por lo menos en las intenciones declaradas, es sólo el fundamento de una Europa unida en todos los ámbitos y susceptible de enfrentarse en orden cerrado con los problemas mundiales, singularmente los políticos.

La última reunión de los ministros de Asuntos Exteriores de los Seis, celebrada en Bruselas a mediados de diciembre, ha aportado una nueva decepción a los ilusionados con una marcha acelerada hacia la unidad y el ensanchamiento de la Comunidad Económica Europea y su feliz remate, decepción tanto más sentida cuanto que en la reunión de La Haya de principios de diciembre de 1969, que tuvo lugar con asistencia de jefes de Estado, el camino a recorrer pareció haber quedado totalmente desbrozado. En efecto, en aquella ocasión, el presidente Pompidou, que se estrenaba en cuanto presidente en las lides internacionales, llevó la voz cantante con una autoridad y energía emprendedora tal, que se le atribuyó la paternidad de un llamado «espíritu de La Haya». Era tanto como hablar de una renovación radical del Mercado Común y, se decía en voz baja, de una conversión de Francia, decidida a alinearse con los demás países. No cabían otras esperanzas e ilusiones, dado el firme propósito expresado de «realizar progresos en el campo de la unificación política», previa adopción de un plan por etapas para la creación de una unidad económica y monetaria.

Consecuentes con los proyectos de hace un año, los ministros de los Seis han considerado en Bruselas la unión monetaria, de conformidad con el plan presentado por el primer ministro de Luxemburgo, señor Werner. Doce horas de discusión ininterrumpida no han conseguido su adopción. ¿Débese este fracaso a que no se ha respetado el «espíritu de La Haya», como se ha lamentado el propio autor del plan, en cierto modo coreado por el ministro alemán de Asuntos Exteriores? En realidad, cuanto ha sucedido en Bruselas no pasa de ser un episodio más del largo conflicto que opone Francia a la supranacionalidad, lo mismo la del general de Gaulle que la del presidente Pompidou, pese a la mayor flexibilidad de éste. Pero los hechos muestran que el actual presidente francés está tan decidido como su predecesor a no embarcar a su país en la nave de la supranacionalidad sin antes atar debidamente todos los cabos, debido a los recelos que inspira ese concepto por estrenar a un país no tan amante de las aventuras como lo sugieren algunos gestos espectaculares. De ahí la resistencia gala para rehuir la supranacionalidad, tanto si

tratan de imponérsela directamente como mediante subterfugios. No otra ha sido la actitud adoptada cuando se trató de conferir poderes supranacionales al Comité de los Seis, a la Comisión Europea e incluso, ya al margen de la C. E. E., a la Asamblea parlamentaria de Estrasburgo, cuyas decisiones se pretendió habrían de ser acatadas por todos los países europeos.

Es decir, que una vez más Francia ha frenado la carrera hacia una unidad europea que, ciertamente, parece tener no poco de lo artificial de las construcciones amañadas por los tecnócratas. En este caso concreto, ha entorpecido la aplicación inmediata del plan de unidad monetaria. No se opone, por supuesto, a ese tipo de unidad, que por lo demás ha preconizado. Admite sin reservas el principio de la unidad monetaria, pero lo que Francia ha sostenido en Bruselas, con tanto ahinco como éxito, son los métodos y plazos de aplicación de semejante principio.

Para Francia, se precisan nada menos que diez años—tantos casi como tiene de vida el Mercado Común—para llegar a la meta monetaria y, previamente, una etapa de tres años, que podría llamarse de adecuación. Actuar de otro modo, sería poner el carro antes que los bueyes, lo cual incuestionablemente repugna no ya al cartesianismo, sino al sentido común. Por lo demás, dada la complejidad del problema monetario y las situaciones muy diversas de cada uno de los partícipes del Mercado Común—empezando por su más tenaz candidata: la Gran Bretaña—, correr implicaría el riesgo de un rápido jadear de los corredores. Por falta de unanimidad, puede decirse, en resumen, que uno de los temas fundamentales abordados en Bruselas ha hecho que la reunión que terminó el 15 de diciembre, haya acabado como el rosario de la aurora.

Con todo, los optimistas ponen sus esperanzas en la reunión a celebrar en febrero, para la que se disponen a hacer acopio de argumentos contundentes que obliguen a Francia a darse por vencida. Aunque parezca aventurado adelantar los resultados finales de esta nueva reunión, en la que se ha de volver sobre la unidad monetaria, puede afirmarse que Francia romperá todas las lanzas que sean precisas para que prevalezca su criterio, que equivale al conocido «vísteme despacio, que tengo prisa», opuesto a la premura de Holanda por avanzar hacia los objetivos señalados por el Tratado de Roma, incluyendo entre tales objetivos el ingreso en el Mercado Común de Gran Bretaña, que tiene en aquel país, así como en Italia, su más entusiasta valedor.

Tampoco ha sido muy afortunada Holanda en sus esfuerzos en la reunión de Bruselas para convertir al Club de los Seis en el de los Siete. La minuciosa

consideración de la petición de ingreso de Gran Bretaña, va evidenciando que la sèca negativa del general de Gaulle a abrirle la puerta en 1963, no se debía exclusivamente a razones nacionalistas o subjetivas. De hecho, las razones objetivas para aplazar ese ingreso británico, se han impuesto a los Seis. Por ello, en Bruselas se acordó pedir al Gobierno Heath que, antes de la reunión de febrero, tome las decisiones pertinentes relativas al reglamento financiero agrícola de la Comunidad Económica Europea, o sea, que adapte la política agrícola británica a la política comunitaria, establecida tras largos, arduos y, a veces, dramáticos esfuerzos.

EN TORNO A LA CONFERENCIA PANEUROPEA DE SEGURIDAD

El primer ministro Alexei Kosiguin hizo el 2 de enero unas declaraciones al diario japonés «Asaki». Ya de por sí el hecho merece señalarse. En efecto, contrariamente a lo que sucede entre los dirigentes occidentales, para quienes semejantes declaraciones se han convertido en hábito, los soviéticos sólo las conceden con cuentagotas. Además, las manifestaciones de Kosiguin presentan un interés político que merece un comentario.

Aparte de la confirmación del punto de vista soviético sobre diversas cuestiones, cuales Vietnam, el atasco de la paz en el Cercano Oriente, debido al apoyo norteamericano a Israel, y el deseo de lograr un acuerdo para frenar la carrera de armamentos, Alexei Kosiguin estimó que, por reunirse todas las condiciones precisas para la celebración de la Conferencia de Seguridad europea, no existía razón alguna para aplazarla por más tiempo. La afirmación tiene el inconveniente de dar por sentado que esas «condiciones precisas» son las mismas para los países del Este capitaneados por la U. R. S. S. que para los de la Alianza atlántica agrupados en torno a los Estados Unidos. La realidad es todo lo contrario y ésta es la causa determinante de un aplazamiento del que sería aventurado asegurar que llegará a su término en 1971.

La idea de conversaciones entre el Este y el Oeste para relajar la tensión en Europa no es reciente. La puso en órbita la U. R. S. S. en 1954 con la esperanza de que una perspectiva de seguridad asestaría un golpe mortal al rearme en marcha en la República Federal. Los aliados occidentales dieron entonces la llamada por respuesta. Pero la propuesta no se hundió en el olvido y, desde hace quince años, con éste o aquél ropaje, según actuara en nombre

del Pacto de Varsovia o de la Alianza atlántica, periódicamente ha vuelto a figurar y hacer mutis en el escenario internacional.

A bulto, para los países del Este, la Conferencia paneuropea no persigue expresa y concretamente la limitación regional de las Fuerzas armadas y los armamentos. Su objetivo no es otro que buscar «el cambio y los medios tendentes a poner término a la escisión de Europa dividida en bloques militares y a favorecer la cooperación pacífica entre Estados», como puntualizó el comunicado final de la reunión de los miembros del Pacto de Varsovia celebrada en Budapest en marzo de 1969. Para los países de la Alianza atlántica, la limitación de las Fuerzas armadas y los armamentos en Europa es el meollo de la Conferencia de Seguridad y condición previa de una cooperación que sustituiría la actual vigilancia y recelo. Es más, antes de su celebración se impone la solución del problema de las dos Alemanias y de Berlín. Por tanto, aun siendo idéntica la meta—la seguridad europea—, han existido desde un principio, y siguen existiendo, notables discrepancias en cuanto a la forma de alcanzarla. De otra parte, con independencia de la inicial intención soviética de excluir de la conferencia el tema del desarme regional, objeto fundamental de esa conferencia para los occidentales, la invasión de Checoslovaquia en 1968 constituyó un nuevo motivo de atinada prudencia para los países de la Alianza atlántica. De ahí que éstos, tanto en la reunión del Consejo de la Alianza de diciembre de 1969 en Bruselas como en la del pasado mayo en Roma volvieran a la carga, reiterando su propósito de que la cuestión del desarme regional se tratara en la proyectada conferencia. Los países del Pacto de Varsovia les dieron satisfacción al admitir su punto de vista de inclusión de ese tema en la orden del día. Era una concesión, pero limitada, porque en aquellas fechas las negociaciones entre Bonn y Moscú, las iniciadas entre Bonn y Varsovia y la inminente firma por la República Federal del Tratado de no proliferación de armas nucleares alteraban los términos de la argumentación occidental tendente a que el Oeste se mantuviera en sus trece en cuanto a las condiciones previas de la conferencia. A ello hay que agregar que los encuentros interalemanes de Erfurt y Cassel privaban a los occidentales de otro argumento para hacerse los sordos. En efecto, al margen de las responsabilidades de los tres aliados occidentales sobre Alemania, en esos encuentros, la República Federal reconocía *de facto* a la República Democrática. Es decir, que la actividad diplomática del canciller Brandt ha supuesto una merma del terreno político y jurídico por el que venían moviéndose los países de la Alianza atlántica que, por perder argumentos,

han perdido en cierto modo bazas en el juego. Por supuesto, les queda la de Berlín, a tratar en las conversaciones *cuatripartitas*, y de cuya solución pende toda la construcción política de cara al Este levantada por la coalición. A este respecto, el 2 de diciembre, coincidiendo con la reunión del Consejo del Atlántico de Bruselas, en que se acordó incrementar el potencial militar de la O. T. A. N., los países miembros del Pacto de Varsovia han formulado la esperanza de que las negociaciones sobre Berlín-Oeste, y no sobre Berlín como dicen los occidentales, desembocarán en un acuerdo mutuamente aceptable, conforme a los intereses del relajamiento de la tensión en la Europa Central, de la población de Berlín-Oeste, y no de Berlín a secas como un todo indivisible, y a los intereses legítimos y los derechos soberanos de la República Democrática.

Hay un cierto tono de desafío animoso en esa toma de posición conjunta frente al problema berlinés. No incita a presumir que la U. R. S. S. y sus aliados, singularmente la República Democrática, han renunciado a conferir a Berlín un estatuto especial que lo desgajaría de la República Federal al socaire de una mejoría de la situación de Berlín-Oeste y sus accesos. La violenta protesta de la U. R. S. S. y Pankow por la reunión que el pasado diciembre los democristianos del Bundestag celebraron en la antigua capital alemana, abona esta sospecha. Pero frente a esa pretensión del Este aparece la decisión occidental de no ser meros espectadores de un diálogo sobre Berlín entre Bonn y Pankow. Es decir que ni el Este ni el Oeste están dispuestos a dar el paso que anularía la distancia que los separa de la mesa de unas negociaciones que deberían poner término a la división de Europa en dos bloques, por lo menos teóricamente. En la práctica ya sería otro cantar. ¿Quién puede afirmar que el Este vería un incremento de las independencias nacionales, soñadas por Francia?

LOS TRATADOS GERMANOS CON LOS PAÍSES DE LA EUROPA ORIENTAL

A pesar de las incidencias propias de un peliagudo camino político, la última fase de las negociaciones entre Bonn y Varsovia culminó felizmente en la madrugada del 14 de noviembre. Y el 18, los ministros de Asuntos Exteriores de la República Federal y Polonia rubricaron el Tratado que normaliza sus relaciones, poniendo así término a veinticinco años de tensión y ren-

cores entre los dos países. Es un hecho a registrar en el activo de los esfuerzos a favor de la paz europea, ya que la cuestión de los territorios al Este de la línea Oder-Neisse, que formaban parte del III Reich y fueron concedidos a Polonia por la U. R. S. S., como compensación de los que le arrebatara, han constituido en Europa Central un problema eventualmente explosivo, tanto más cuanto que, hasta ahora, sólo la U. R. S. S. garantizaba tal frontera, lo que ponía en sus manos una singular posibilidad de gravitar sobre la política de esa vecina. Por tanto, la firma del tratado germano-polaco podría calificarse de «histórica» de no haberse empleado el término a troche y moche. Basta decir que es un factor de paz en Europa. Se ha logrado a base de mutuas concesiones que, en definitiva, se equilibran, por grandes que hayan sido los sacrificios consentidos por la Alemania Federal, de tomarse en cuenta que en la larga disensión, cuando no tensión, entre aquel país y Polonia, ésta no ha cesado de clamar su condición de víctima de una II Guerra Mundial que provocó su querrela con el III Reich por el pasillo de Dantzig. Pero «aguas pasadas no mueven molino» y lo que actualmente importa en primer término a Europa es esforzarse por una convivencia entre los diversos países que la componen, una convivencia que bien puede ser condición indispensable de su supervivencia. En este orden de ideas, el tratado germano-polaco es factor positivo para la deseada construcción de un continente unido.

Simultáneamente con estas negociaciones, se han venido desarrollando en Sofía conversaciones entre representantes de la República Federal y búlgaros que, finalmente, han rubricado a su vez un Tratado de cooperación económica y técnica del que ha dicho el Ministerio Federal que «interpreta la totalidad de los fundamentos pacíficos de las relaciones germano-búlgaras». Es decir, que este Tratado es un paso decisivo para la normalización de las relaciones entre Sofía y Bonn, paso al que seguirán otros, todos con dirección a ese Este hacia el que tiende con ímpetu el canciller Brandt y un equipo que se apuntó, a poco de iniciar la ofensiva amistosa, un tanto de categoría con el Tratado germano-soviético firmado el 12 de agosto último. Su ratificación sigue pendiente, por condicionarla ampliamente un problema que interesa en primer lugar a las dos Alemanias, por supuesto, pero apenas en menor medida a los tres aliados occidentales y a la ex aliada, la Unión Soviética.

En este aspecto de los problemas derivados de la última conflagración, y no por limitado en el espacio carente de importancia, no cabe registrar progresos. Al finalizar las conversaciones *cuatripartitas* iniciadas el 3 de noviembre, se publicó un lacónico comunicado que no mencionó siquiera esa

«cordialidad» que es vocablo casi obligado en tales casos. Ello dice que empeoró el diálogo de sordos que vienen siendo las conversaciones entre los tres occidentales y los soviéticos. Por lo demás, no es de sorprender que la cuestión de Berlín haya caído en un bache una vez celebradas las elecciones de Hesse del 6 de noviembre, que llevaron a la República Democrática y a la U. R. S. S. a hacer gestos conciliadores e insinuar promesas con vistas a fortalecer al canciller Brandt y a su partido. Sin embargo, la U. R. S. S., contrariamente a su aliada, no aguardó a que fueran conocidos los resultados electorales para proponer que Bonn y Pankow estudiaran conjuntamente la cuestión de los accesos a Berlín, en tanto que Pankow y el Parlamento berlinés buscarían una solución relativa a la comunicación entre los dos trozos de la dividida ciudad. La inesperada sugerencia soviética pretendía matar dos pájaros de un tiro: apartar a las Potencias de ocupación de las discusiones sobre los accesos a Berlín, tratado mano a mano por la República Federal y la República Democrática, y complacer a sus amigos de Pankow que no han cesado de protestar por la proyección política de Bonn sobre la antigua capital alemana. Ello se hubiera conseguido facilitando el diálogo entre Pankow y el Parlamento berlinés, sin más.

Poco después, remachando el clavo, Walter Ulbricht ha reclamado que «se interrumpa en Berlín-Oeste toda actividad de otros Estados que violan el estatuto de Derecho internacional de esta ciudad». Berlín no goza de tal estatuto. No lo prevén ni la declaración *cuatripartita* de junio de 1945, ni los acuerdos de Potsdam, que sólo se refieren «al territorio ocupado del Gran Berlín». Sería ingenuo pensar que Walter Ulbricht ha apuntado a un blanco inexistente. Tirando alto, pretende dar en otro más modesto, por tanto, más posible de lograr: convertir a Berlín en «entidad política autónoma».

Aunque en ocasiones la U. R. S. S. y la República Democrática Alemana parezcan actuar con independencia, ésta es la meta que persiguen unidas, una vez repartidos los papeles de una comedia política en la que corresponde a la primera el de conciliadora y, a la segunda, el de aguafiestas y cascarrabias. Asistimos, pues, a una maniobra que podría rematarse con éxito de estar sólo implicada la República Federal, incitada a ceder, en particular, a la presión económica que el Este ha empezado ya a ejercer sobre Berlín-Oeste para obligarle a romper lazos con Bonn. Pero otros serían los países afectados, políticamente esta vez, por el triunfo de la tesis comunista. Entre éstos destaca Francia, nada dispuesta a soltar la baza que para ella supone su presencia de derecho y de hecho en Berlín, única manera de participar en conversaciones

a cuatro. Su eliminación—junto con Gran Bretaña—de las conversaciones *cuatripartitas* de Nueva York sobre el Cercano Oriente es un escarmiento que la llevará a impedir tenazmente que el diálogo Moscú-Washington también se entable sobre Berlín. Por ello, puede presumirse que mediará una pausa entre los sucesivos Tratados que Bonn firma con los países del Este y la solución satisfactoria de la enrevesada cuestión de la antigua capital de Alemania, cuyas conversaciones se reanudan en un ambiente que ha enrarecido la evasión del presunto autor del tiroteo del 7 de noviembre contra soldados soviéticos en el sector británico de Berlín.

EN TORNO AL X CONGRESO DEL PARTIDO COMUNISTA HÚNGARO

Con suma discreción, pasó por el escenario de la actualidad internacional la noticia del X Congreso del Partido Socialista Obrero húngaro, celebrado en Budapest del 23 al 27 de noviembre. Sin embargo, este Congreso presenta el doble interés de ser, de una parte, reflejo de la preocupación soviética por conservar la dirección política en el ámbito de su incuestionable influencia y, de otra, exponente del proceso de reajuste iniciado en el mundo socialista a raíz del XX Congreso del Partido Comunista de la U. R. S. S. A este complejo proceso, se le ha calificado de «evolución». El término es revelador de cierto optimismo no carente de falta de reflexión. En efecto, el agua no «evoluciona» al adquirir la forma de la vasija que la contiene. Se adapta. Otro tanto sucede con el marxismo-leninismo o cualquier otra ideología o doctrina digna de este nombre: se adapta a las condiciones inconstantes de la Historia, pese a su estabilidad intrínseca.

Entre tales condiciones inconstantes de la Historia, la realidad económica ocupa lugar destacado, aunque no primordial. De hecho, la política precede de unos pocos pasos la economía, que se imbrica con aquélla. Por ello, desde 1945, las economías de los países del Este fueron orientadas en función de la conveniencia de la U. R. S. S., lo cual modificó radicalmente las corrientes comerciales anteriores a la guerra. Al iniciarse la guerra fría, la U. R. S. S. acentuó su presión y agrupó en torno a ella a esos países, hasta constituir en el campo socialista una especie de autarquía que, rápidamente, se reveló asfixiante. La creación en 1949 del COMECON, o Mercado Común del Este, como réplica a la creación de la Comunidad Económica Europea que suscitó

la hostilidad de la U. R. S. S., lejos de remediar la situación la fue agravando paulatinamente. Pero «besa la mano que no puedes cortar», aconseja un dicho florentino, y el éxito del Mercado Común llevó a la U. R. S. S. a reconsiderar su postura. Desandando el camino de la oposición, emprendió el del intercambio y la colaboración, aun a costa de que sus aliados hicieran retoques en las aplicaciones prácticas de los principios doctrinales en el plano de la economía.

El extenso informe—¡cuatro horas de duración!—que el secretario general del Partido Socialista Obrero húngaro, Janos Kadar, leyó en el Congreso pone de manifiesto la preocupación de Budapest, avalada por la U. R. S. S., cuya delegación presidía Leonid Breznev, por hacer más flexibles los principios con vistas a interesar al pueblo en la edificación del socialismo. Es claro, se trata de buscar fórmulas que saquen a Hungría de su atasco económico. Para ello, Janos Kadar propugnó que los trabajadores «participarán» en los beneficios de la empresa donde desarrollan su actividad, empresa a su vez dotada de mayor libertad de gestión e incluso, en determinados casos, autorizada a tratar directamente con Occidente. La medida, pues, tiende a reducir el poder económico del partido, para desarrollar la rentabilidad de la economía nacional, pero en el marco de una economía planificable y habida cuenta de una dirección central que conserva el mando; por tanto, la posibilidad de poner coto a la actividad de empresas que abusaran de las facultades concedidas. Por lo demás, la presencia en cada empresa de una organización del partido, sería una garantía de control permanente de los asuntos.

Aunque aparentemente modestas, tales reformas de orden económico tienen repercusiones políticas, debido al incremento de responsabilidad y funciones de las organizaciones locales y de base. De ahí la modificación de los estatutos, aprobada tras minuciosa discusión, bajo la mirada de la delegación soviética, y la decisión de rebajar a los dieciocho años la edad de ingreso en el partido, lo que no dejará de rejuvenecerlo y plantear un interrogante. Saliendo al paso del argumento de que tales medidas pondrían en peligro el sistema político, Janos Kadar afirmó que la estabilidad del régimen permitía cierta autonomía y dar mayor aire de democracia a las estructuras, no sin antes rechazar vivamente el «revisiónismo» y el «imperialismo». Es decir, Janos Kadar estimó que no modifica el objetivo la forma de alcanzarlo. El objetivo de Hungría, vino a decir en substancia, es el marxismo-leninismo hecho realidad. Actualmente, el país ha de perseguirlo mediante la participación de los trabajadores en el desarrollo de la economía nacional.

János Kadar no limitó al ámbito húngaro y económico esa «participación». La amplió a lo internacional, pero entonces la llamó «normalización» o «mejoría» de las relaciones, según los casos. A este respecto, es de señalar el espaldarazo que significó su declaración de que el canciller Brandt es garante de la conveniencia de acelerar el proceso de normalización de las relaciones con la República Federal. Walter Ulbricht no pudo sobresaltarse al oírlo. No presidía la delegación de la República Democrática Alemana. Lo substituía un funcionario de segunda fila. Así quería expresar su negativa a coordinar los pasos de los países del Este hacia Bonn, como pretende Moscú. Tan perfectamente lo entendió Moscú que, sin pérdida de tiempo, despachó a Gromyko a Pankow para intentar que Ulbricht se avenga a razones en vísperas de su encuentro con el canciller Brandt.

Hay otra consecuencia interesante a deducir del X Congreso del Partido Socialista Obrero húngaro: la clara formulación de un deseo de mejoría de las relaciones entre Hungría y China Popular. Sin que pueda decirse que el gobierno de Budapest no mueve un dedo sin consultar con la U. R. S. S., el recuerdo de 1956 y el ejemplo reciente de Checoslovaquia están demasiado en la memoria de los dirigentes húngaros para que tomen iniciativas de este jaez sin la venia de su gran aliada. Lo cual induce a registrar este hecho como una prueba más de disminución de la tensión entre Pekín y Moscú que se viene observando de algún tiempo a esta parte. Es un extremo de singular importancia en orden a los rumbos futuros de la política internacional.

ITALIA Y YUGOSLAVIA

El no realizado viaje oficial a Italia del presidente Tito confiere nueva actualidad a la cuestión del llamado Territorio Libre de Trieste, que bien parecía sepultada en el polvo de los archivos históricos. Que no es así, acaba de demostrarlo el ministro italiano de Asuntos Exteriores, Aldo Moro. Contestando a la pregunta de un senador sobre el particular, declaró sin ambages: «El Gobierno italiano no tomará en consideración ninguna renuncia a los legítimos intereses nacionales». Cabe afirmar la inoportunidad de tal declaración y sospechar que más que postura oficial es reflejo de una toma de posición de Aldo Moro para apuntarse un tanto a favor en la próxima carrera presidencial. Pero admitir esta última explicación es dar por sentado

que la opinión pública italiana sustentó el criterio de que la situación de hecho existente en la zona B del Territorio Libre de Trieste no ha de convertirse en situación de derecho, aunque este camino lleva. Desde el Tratado de paz de 10 de febrero de 1947, y aún antes, los sucesivos Gobiernos de Italia no han mantenido otro punto de vista que el de Aldo Moro con relación a esa parte del territorio incluido en el Imperio austro-húngaro hasta que, en noviembre de 1918, lo ocuparon las tropas italianas, hecho éste que se consideró como el remate del «risorgimento». Como quiera que los Tratados de Versalles de 1919, de Rapallo de 1920, de Roma de 1924 y de Nettuno de 1925 ratificaron jurídicamente los confines orientales de Italia en el Adriático, al incluir en su ámbito de soberanía a la Venecia Julia, que los yugoslavos llaman la Marca Julia, los italianos vieron confirmada su convicción de haber dado cima a su unidad nacional. De ahí las reacciones emotivas que suscita en Italia la cuestión de Trieste y el territorio del Alto Adriático que estuvieron bajo su autoridad hasta abril de 1945. Entonces, en la barahunda del término de la II Guerra Mundial, no pudo hacer frente a la invasión y subsiguiente ocupación de la Venecia Julia por los yugoslavos, que hicieron caso omiso de la cobeligerancia de Italia, consecuencia de su declaración de guerra a la ex-aliada alemana el 13 de octubre de 1943.

Aunque los Gobiernos aliados occidentales anduvieran entonces primordialmente obcecados por la victoria sobre Alemania, la ocupación por fuerzas comunistas del importante puerto franco de Trieste—el tercero de Italia—y de una vasta región costera del Adriático, provocó una reacción. Los anglosajones se hicieron presentes en Trieste y obligaron a las tropas de Tito a retirarse, resultando fijados por la Línea Morgan los límites de ocupación respectiva. O sea, los yugoslavos permanecieron en gran parte del territorio atribuido a Italia por el Tratado de Versalles, poblado por italianos y eslavos cuya instalación, singularmente en la península de Istria; habían fomentado los Habsburgo. Ya estaba en pie el problema triestino, que había de ocupar lugar preferente en las discusiones de los aliados para trazar los nuevos límites de Italia en el marco del Tratado de paz. Tras largos cabildos, Francia sugirió una fórmula de compromiso para la Venecia Julia. Consistía en la creación del Territorio Libre de Trieste, en tanto que el resto del territorio pasaba a ser yugoslavo.

El Tratado de paz recogió esta fórmula, adjudicando además a Yugoslavia, la isla de Chirso, el municipio de Zará e islas adyacentes de la costa dálmata, así como las islas Lagosta y Pelagusa, en el Adriático central. Según los tér-

minos del Tratado, la integridad y libertad del Territorio Libre de Trieste «estarán aseguradas por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas» y «la soberanía de Italia en la zona que constituye el Territorio Libre de Trieste... cesará tan pronto entre en vigor el presente Tratado». En los hechos, el Consejo de Seguridad no tuvo ni arte ni parte en ese territorio que, en septiembre de 1949, quedó dividido en dos zonas. La zona A, que incluía la ciudad de Trieste, correspondió en administración fiduciaria a los anglosajones, si bien los déficits de su administración estaban a cargo del Estado italiano, y la zona B, o sur del territorio, que se entregó, también en administración fiduciaria, a Yugoslavia. El Gobierno italiano firmó el Tratado y seguidamente declaró que había firmado a regañadientes. Los italianos, no bien lo conocieron, lo consideraron «un dictado impuesto por la fuerza». No era del todo exacto. El Gobierno italiano había tenido oportunidad de exponer sus puntos de vista, durante las discusiones previas, pero con resultados moderados.

Mientras los italianos no podían meter baza en la zona A, administrada por sus aliados anglosajones, los yugoslavos, sin cortapisas, pudieron implantarse sólidamente en la zona B que, prácticamente, quedó incorporada a Yugoslavia, pese a la presencia de una nutrida minoría italiana. Contra esa política de los hechos consumados, poco lograron las protestas italianas. Se producían cuando la disidencia de Tito del campo soviético animaba a los occidentales a complacerla para que no volviera al redil moscovita. No obstante, como tampoco convenía malquistarse con Italia, ya miembro del Pacto Atlántico, hubo promesas vagas de reconsiderar en su día la cuestión. Y así se desembocó, en octubre de 1953, en una grave tensión italo-yugoslava y en la celebración de la Conferencia de Londres entre los tres aliados occidentales que pretendían zanjar el problema. Tras templar muchas gaitas, el 5 de octubre de 1954, se acordó que Italia asumiera la administración de Trieste y de su «hinterland», es decir, la zona A. Los aliados, a partir de tal acuerdo, dieron por definitivamente resuelta la delicada cuestión. Asimismo Yugoslavia. Aparentemente, Italia también. Poco a poco, porque el tiempo aboca al olvido, las dos airadas enemigas fueron acortando distancias y hasta cabe decir que se aproximaron: el viaje del presidente Tito era devolución de la visita que le hiciera el presidente Saragat. Pero bajo la ceniza de los años no se ha apagado del todo el fuego del herido patriotismo de muchos italianos cuya adhesión ha buscado probablemente Aldo Moro. Con ello ha provocado el incidente diplomático del 8 de diciembre de 1970.

A pesar de todo, como las conveniencias nacionales y circunstanciales tienen más fuerza que los sentimientos en el ámbito político—diganlo, si no, los sacrificios que ha hecho la República Federal Alemana—, todo hace presagiar un gran esfuerzo del Gobierno italiano para disipar ese nubarrón en el horizonte de las relaciones con su vecina. Y como Trieste podría ser obstáculo insuperable para el desarrollo de esas relaciones, es de esperar, por ambas partes, amnesia diplomática, porque el presidente Tito está tan interesado como Italia en que su viaje sólo resulte aplazado.

RESTABLECIMIENTO DE RELACIONES ENTRE YUGOSLAVIA Y CHINA COMUNISTA

Sin pena ni gloria, achicada por los acontecimientos de primera magnitud que polarizan la atención mundial, cuales el «alto el fuego» en el Cercano Oriente o la firma del tratado germano-soviético, pasó la noticia de que la República Popular China y Yugoslavia se proponen restablecer sus relaciones. En sí la noticia es de poca monta, aunque muestre, una vez más, que en función de las conveniencias políticas no hay cosa en el mundo que varíe tanto como la apreciación de los hechos. Durante la II Guerra Mundial, Roosevelt y Churchill no vacilaron en proclamar a Stalin campeón de la libertad y la democracia. Apenas terminado el conflicto, el mismo Stalin pasó a ser el perverso dictador de un país dispuesto a lanzarse al asalto de las naciones libres y democráticas. Así Pekín, hace doce años, desató su ira contra Yugoslavia, arrojando en sus insultos y denuestos durante la Revolución Cultural. A la larga tempestad ha sucedido la calma y una bonanza tal que en breve, con la cortesía y seriedad del caso, la República Popular China y Yugoslavia volverán a tener tratos de naciones amigas. Pero la sorprendente reconciliación tiene mayor alcance que el puramente pintoresco. Cobra singular interés de considerarla en el contexto de la larga disputa entre Pekín y Moscú. Es, además, reveladora de las orientaciones de la política exterior china, una vez superado el tifón de la Revolución Cultural.

Aparte del pleito fronterizo, telón de fondo de la pugna chino-soviética, lo que se ventila entre los dos gigantes desde 1956 es la dirección del mundo comunista. La U. R. S. S. la ejerce imponiéndose como modelo a sus aliados. China la persigue a través del pluralismo dentro de una unidad basada en la dictadura del proletariado y en la alianza militar contra el imperialismo. En

aras de esa unidad; China admitió a un momento dado la dirección soviética del campo socialista, en razón del superior potencial militar de la U. R. S. S. La concesión no le hizo olvidar que la U. R. S. S. había de tomar en cuenta que necesitaba su apoyo para mantener la supremacía, como sucedió en la tensión entre la Polonia de Gomulka y Moscú.

Una nueva divergencia entre la U. R. S. S. y Yugoslavia fue ocasión para que China recordara la influencia que podía ejercer en el campo socialista. En efecto, la negativa de Belgrado a firmar el documento común del Congreso de los partidos comunistas de 1957, afectó sus relaciones con Moscú a principios de 1958. China intervino en la querrela instando a Moscú para que excluyera definitivamente de la comunidad socialista a una Yugoslavia acusada de practicar un neutralismo funesto para la lucha de clases a escala mundial, de recibir créditos norteamericanos y de convertirse en cabeza de puente de los Estados Unidos en el mundo comunista que había de aprestarse a luchar contra el imperialismo. Pero del éxito balístico que supuso el lanzamiento del primer «sputnik», los dirigentes soviéticos—y en particular Jruschev—no sacaron la conclusión de que era llegada la hora de emprender la «lucha final» contra el imperialismo. Mientras China se mantenía fiel a los métodos revolucionarios, para instaurar el marxismo-leninismo en el mundo, la U. R. S. S. apostaba a favor de los métodos diplomáticos y de coexistencia, que eran precisamente los preconizados por Yugoslavia. A guisa de satisfacción, la U. R. S. S. enfrió sus relaciones con Yugoslavia, pero sin ponerla en la picota. Entonces, al socaire de la crítica a un país socialista en clara colisión con los Estados Unidos, China inició un violento ataque que, de hecho, iba dirigido a la U. R. S. S. Este fue el principio de la tenaz campaña contra el «social revisionismo», mediante la cual China trata de asegurarse la dirección de los movimientos revolucionarios internacionales. El primer y único país que esta táctica le ha permitido conquistar fue Albania, encogida por el temor de que la U. R. S. S. la forzara a federarse con Yugoslavia, lo cual constituía una pesadilla.

Aunque base segura en el Adriático, Albania no es mucho para las ambiciones chinas, y menos aún para desvanecer sus temores de cerco mediante la acción combinada de la U. R. S. S. y de los Estados Unidos. Ese complejo de cerco no carece de fundamento si se toma en cuenta que la situación actual de China se asemeja a la situación de la U. R. S. S. en 1912, ya que contados son los países que gozan de alguna importancia en el ámbito internacional con los que mantiene relaciones diplomáticas, si bien son muchos

los que comerciaban intensamente con ella. Ello quiere decir aislamiento, singularmente peligroso, dado que el triunfo de la Revolución Cultural ha colocado en primer término de la política exterior china un antisovietismo que no se nutre sólo del pleito fronterizo. Le da pábulo el temor a que el apoyo de Moscú suscite la secesión de ciertas provincias del Norte o bien desencadene una acción preventiva. Las nuevas orientaciones de la política germana de apertura al Este, dadas a conocer tan pronto como el canciller Brandt accediera al poder, hicieron ver en lontananza la posibilidad de que se eliminara todo riesgo de conflicto en Europa. Una seguridad de paz en Europa supone para la U. R. S. S. libertad de movimientos en Asia, lo que no es motivo de tranquilidad para los ánimos chinos. De ahí lo caluroso de la acogida dispensada al ministro francés de Planificación, señor Bethencourt, y la aceptación por parte del primer ministro Chou En-lai de trasladarse próximamente a París. Es un indicio, entre otros, de que actualmente la máxima preocupación de la diplomacia china es buscar cierto equilibrio entre los dos grandes bloques y, para ello, encontrar interlocutores, esos interlocutores que no puede hallar en los países colocados en la órbita de Moscú, con excepción de Rumania, caso aparte en el mundo comunista, o entre los países que por este o aquel motivo están vinculados a un Washington al que el problema del Sureste asiático impide a Pekín acercarse. Es decir, lo reducido del terreno en que China Popular puede posar su cauteloso pie para relacionarse con el mundo y entorpecer el cerco que la amenaza. Pocas son las puertas susceptibles de abrirse ante ella, de excluirse los países del Tercer Mundo, sin peso en la balanza de la política internacional. Así se explica que, dando al olvido los yerros de Yugoslavia, tan violentamente denunciados, Pekín se acerque a este país. Gracias a su neutralismo, es una de las pocas naciones que pueden actuar con independencia.

MOSCÚ ENTRE PEKÍN Y WASHINGTON.

Los acontecimientos se suceden y atropellan de tal manera que casi no permiten prestar atención a los procesos que pueden iniciarse sin reclamo en ese corto espacio de tiempo que constituye la actualidad. De ahí que no haya originado grandes comentarios ni minuciosos análisis la noticia de que los embajadores de la U. R. S. S. y China Popular se disponían a ocupar de

nuévo sus respectivos puestos, abandonados durante la Revolución Cultural, ni tampoco la de que esos dos países habían firmado un Tratado de comercio.

Decir que asistimos a un relajamiento de la tensión que desde hace años existe entre Moscú y Pekín es una perogrullada, lo cual no resta importancia a un hecho que acaso modifique la situación mundial, actualmente dominada por las relaciones triangulares, o sea, las relaciones entre los Estados Unidos, la U. R. S. S. y China Popular, consideradas bilateralmente o en función de la influencia que en ellas ejerce la tercer potencia. Así, la guerra fría entre la U. R. S. S. y los Estados Unidos finalizó en 1958, cuando comenzaba la tensión chino-soviética. En su faceta ideológica, ésta se derivó prácticamente de la divergencia de criterios entre Moscú y Pekín en cuanto a las consecuencias a deducir de la superioridad soviética en el campo de la balística, puesta de manifiesto por el lanzamiento del primer «sputnik» a finales de 1957. Para China, el mundo socialista detentaba un medio decisivo de presión, a aplicar sin dilaciones contra el imperialismo. En cambio, los dirigentes soviéticos, encabezados por Jruschev, dejando a un lado los métodos revolucionarios clásicos, optaron decididamente por los métodos diplomáticos. Hitos de ese camino fueron la proclamada «coexistencia pacífica», Camp David, la ruptura ideológica entre la U. R. S. S. y China Popular, y también la crisis de Cuba de 1962. En la solución de esa crisis, es bien sabido que desempeñaron papel determinante las armas nucleares que, singularmente desde entonces, condicionan la política de los dos Supergrandes abocados, por exceso de potencia militar, a excluir los conflictos armados a gran escala de todo plan tendente a imponer su voluntad en determinadas áreas del globo. Mas como quiera que la disuasión no impide que la U. R. S. S. y los Estados Unidos tengan intereses contrarios en la mayor parte del mundo, la lucha se recrudece en el ámbito de las acciones diplomáticas y políticas, que sufren los tirones contradictorios de la ineludible necesidad de evitar la guerra, y al mismo tiempo de dominar al adversario. Por ello, las conversaciones del SALT pueden seguir celebrándose, pese a la nueva tensión actual entre Moscú y Washington, debida en primer término al conflicto del Cercano Oriente, y en forma menos evidente a la clara voluntad norteamericana de mantenerse en Asia, bien directamente, bien por nación interpuesta.

Hasta no hace mucho, la presencia norteamericana en Vietnam no ha sido desfavorable para la U. R. S. S., preocupada por la amenaza que representa en 7.000 kilómetros aproximadamente de fronteras una China atómica, aunque

sea modestamente. Es más, la paciente maniobra de Moscú para asentar la seguridad en Europa es exponente de su propósito de proteger su retaguardia en caso de conflicto con su vecina, aparte de confirmar el *statu quo* existente, uno de los objetivos de su política desde hace años. Pero la U. R. S. S. ha simultaneado aquella maniobra, todavía en fase de ejecución, con un paciente diálogo mantenido con Pekín desde diciembre de 1968. Todo sugiere que no se ha resuelto el espinoso problema de las reivindicaciones territoriales de China. Que no se ha perorado en vano, lo dicen las noticias objeto de este comentario. Reconsiderando la política de esta última década de relajamiento de la tensión con los Estados Unidos, ¿trata acaso la U. R. S. S. de restablecer la pasada amistad con China Popular? De asignarse límites reducidos a esa amistad, no puede excluirse por imposible un acercamiento por razones tácticas y circunstanciales, a pesar de las reclamaciones chinas sobre amplias regiones del «sagrado suelo de la patria», como dicen los soviéticos, y por supuesto también los chinos.

La razón circunstancial de esa nueva orientación de la diplomacia y la política soviética y china es, en el plano de las motivaciones prácticas e inmediatas, que la presencia norteamericana en el Sudeste asiático entorpece por igual la libertad de acción de los dos grandes del comunismo en esas áreas donde abundan riquezas sin explotar. De otra parte, existe una razón más para que soviéticos y chinos den la prueba de que el interés común tiene mayor capacidad de cohesión política que la común ideología. Apunta en Asia un nuevo factor a tomar en cuenta en el contexto internacional: Japón. En efecto, una vez rearmado, como programa el reciente Libro Blanco japonés de la Defensa, Japón podría constituir en Asia un centro más de decisión política poco satisfactorio para la U. R. S. S. y China Popular. De suerte que, frente a esa eventualidad, la tensión chino-soviética aparece como contraria a los intereses de los dos antagonistas enzarzados en rivalidades de liderazgo revolucionario y reivindicaciones fronterizas.

Sin anticipar el futuro de las relaciones de fuerza en Asia, que la salida a la palestra de un Japón rearmado alteraría, se evidencia que debido a los respectivos intereses encontrados, las tres potencias del actual gran triángulo de la política internacional han de mantenerse en cierto modo equidistantes y autónomas, es decir, en una situación que no sea de reconciliación total ni de coalición formal de dos contra uno, si bien cada cual se esforzará por predominar con todos los medios a su alcance, salvo el enfrentamiento directo.

Por ello, asistiremos probablemente a oscilaciones periódicas de Moscú entre Pekín y Washington. En la actualidad, Moscú hace dengues a un entendimiento más o menos tácito con Washington, en tanto que esboza un a modo de reconciliación con Pekín en el plano de las relaciones entre Estados. Pero es de presumir que en un plazo más o menos largo se vuelvan las tornas. Porque si los motivos de oposición entre la U. R. S. S. y los Estados Unidos son múltiples e importantes, las causas de enfrentamiento entre la U. R. S. S. y China Popular, esos inmensos imperios heterogéneos, de fronteras artificialmente trazadas, son seculares.

LA «VIETNAMIZACIÓN».

De algún tiempo a esta parte, el conflicto de Vietnam recuerda la suerte del inválido, por cuya salud los demás sólo se interesan en caso de arrechucho. Por lo menos, tal ha parecido a finales de noviembre cuando durante unos días se reanudaron los bombardeos al Norte del paralelo 17, como represalia por el ataque sufrido por un avión de observación, se dijo inicialmente. Washington afirmó que existía un acuerdo tácito con el gobierno norvietnamita para realizar ese tipo de operaciones. Hanoi lo negó. No se poseen elementos de juicio para opinar en la querrela. No obstante, conocida la quisquillosa defensa de sus soberanías por parte de las nuevas naciones, parece dudoso que Hanoi consintiera semejante fiscalización, tanto más unilateral cuanto que Hanoi no dispone de fuerzas aéreas. Por lo demás, con anterioridad al ataque que originó los bombardeos, ha habido aviones norteamericanos derribados en territorio norvietnamita desde que el presidente Johnson acordó suspender estas acciones militares, pero se habían silenciado los incidentes. Fue grande la emoción en los Estados Unidos por lo que tenía algún viso de brusco desandar el corto camino andado hacia la paz, y determinados sectores de la opinión consideraron con aprensión la posibilidad de una reactivación de los choques armados que, desde hacía meses, sólo se registraban en tono menor. No se aplacó totalmente esa aprensión con la explicación posterior de que la iniciativa de los bombardeos encubría el propósito de liberar a los prisioneros norteamericanos del campo de Sontay, motivo humanitario muy propio para unir a un país hondamente desunido por el conflicto vietnamita.

Tampoco la conferencia de prensa celebrada por el presidente Nixon el 11 de diciembre ha revelado a las claras el objetivo perseguido con el esporádico

bombardeo de Vietnam del Norte. Sin embargo, en el entresijo de las amenazas que los Estados Unidos habrían de cumplir de no respetar el bando comunista unas condiciones concretas, se vislumbra que el jefe del ejecutivo norteamericano está dispuesto a no andarse con miramientos para que prospere, aunque sea temporalmente, el plan de «vietnamización». Semejante firmeza, que hasta podría provocar una nueva llamarada bélica, lleva a interrogarse sobre las perspectivas de futuro de la vietnamización que, de ser un éxito, como afirmó el presidente Nixon, descarta la eventualidad de que «las fuerzas norvietnamitas desarrollan otra vez su capacidad de infiltración, amenazando la retirada de nuestras tropas», según dijo.

Ahora bien: ¿qué significa exactamente «vietnamizar»? Dado el enfoque casi exclusivamente militar del complejo problema vietnamita por los Estados Unidos, significa sencillamente poner las fuerzas survietnamitas en condiciones de asumir el relevo de las fuerzas norteamericanas, con excepción del apoyo logístico que queda al margen del plan gradual de retirada, ya puesto en marcha, a fin de que en el próximo mayo sólo permanezcan en Vietnam del Sur efectivos no superiores a los 250.000 hombres. Por consiguiente, es indudable que la «vietnamización» progresa satisfactoriamente por aumentar la capacidad militar de las unidades survietnamitas que, sea dicho de paso, jamás han estado ausentes de los campos de batalla, si bien su esfuerzo ha resultado minimizado, cuando no callado, debido tanto a la propaganda norteamericana como a la antinorteamericana. De otra parte, desde que Camboya ha entrado en la lucha, es notablemente más extenso el territorio al Sur del paralelo 17 que controlan de modo efectivo el gobierno de Saigón y sus aliados.

En estas condiciones, de reducirse el problema a lo militar, casi todas las bazas estarían en manos de Vietnam del Sur para resistir victoriosamente cualquier arremetida bélica de los comunistas, dado singularmente, y es preciso recalcar este extremo, que el apoyo logístico norteamericano no se mueve del territorio survietnamita. Si a estas circunstancias se agrega que todo lleva a descartar la reiteración de la gran ofensiva del Tet de 1968, de la que descalabradas y maltrechas las unidades norvietnamitas, cabe decir que la situación en Vietnam del Sur podría quedar estabilizada en una no guerra que, sin ser la paz, se le parecería, a pesar de la retirada de las fuerzas combatientes norteamericanas. Por tanto, ¿qué objetivo perseguían los bombardeos de noviembre y el tono conminatorio del presidente Nixon en su conferencia de prensa? Inducen a sospechar que Washington abriga el temor de que los co-

munistas desarrollen iniciativas en un terreno distinto del militar, una vez convencidos de no lograr la victoria por las armas. De ahí que muevan peones en otro tablero. Cautelosas infiltraciones en la población survietnamita, en la administración, los partidos y hasta el Ejército son tácticas clásicas de la guerra subversiva. Requieren paciencia, astucia y tiempo: dos, tres, cinco, acaso diez años... Es una maniobra que se compagina con el cese, o casi, de las hostilidades, lo cual haría ver a la opinión survietnamita que sólo la «agresión» norteamericana motivaba unas acciones bélicas que cesaron al desarrollarse la retirada.

Semejante plan no sería descabellado. Las tensiones en el seno del gobierno de Saigón, debido a los criterios dispares del presidente Thieu y el vicepresidente Kao Ky, las dificultades económicas, la carestía de la vida, las huelgas, los inevitables alborotos estudiantiles, el malestar reinante entre los antiguos combatientes, sin olvidar la oposición larvada de los bonzos, constituyen el ineludible y delicado contexto político-económico de la guerra. O sea, que en Vietnam del Sur existe una situación de dudosa estabilidad interna. Corre el riesgo de agravarse con la retirada norteamericana, que tendrá inevitables consecuencias políticas. Washington lo sabe, y con los bombardeos de Vietnam del Norte y el puñetazo en la mesa del presidente Nixon se esfuerza en frenar la «capacidad de infiltración» comunista, que actualmente es política antes que militar.

Y se les apunta al Gobierno Provisional y a Hanoi que, para evitar el avasallamiento de su aliada por la subversión, los Estados Unidos podrían reconsiderar la retirada de sus fuerzas y recurrir de nuevo a la guerra. De ser atendida la advertencia, el presidente Nixon podría ganar el tiempo preciso para conseguir una reelección, que informa la mayoría de las políticas presidenciales norteamericanas. En este caso concreto, el tema de la propaganda electoral sería el acierto de la «vietnamización». Más adelante, es dudoso que los Estados Unidos volaran para ayudar a Saigón, aún si lo necesitara.

LIUDPRANDO

